

EL TRASLADO

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

Capítulo 1

EL TRASLADO

Se hizo el silencio en la sala de juicios cuando el juez encargado del caso, leyó la sentencia:

"Póngase en pie el acusado", le indicó a Francisco ("Frank", para los amigos) quien, con indiferencia y sin ninguna prisa, se levantó de su silla para oír la sentencia, aunque no para escucharla ya que sabía que le iban a condenar por la cantidad de pruebas inculporias, presentadas.

"Reunido el Jurado, y con la unanimidad total de sus miembros, hallan al acusado, Francisco Román Machado, culpable del secuestro, violación, tortura continuada y cruel asesinato, de las menores Alicia, Laura y Marina.

Por tanto, condenamos al acusado a prisión permanente revisable. La defensa dispone de una semana de plazo para presentar las alegaciones que considere convenientes. Damos orden a los policías encargados de la custodia, que realicen su traslado y entrega en la cárcel de Teixeiro A Coruña, por su mayor alejamiento de los familiares de sus víctimas.

¿Desea el reo realizar alguna declaración?", terminó el juez, como era lo acostumbrado.

Francisco Román, dudó un poco cuando el abogado le indicó con un gesto de que prescindiera de ese trámite, pero finalmente, se decidió a hablar:

"Sr. Juez y señores del Jurado: me importa un huevo la condena a cadena perpetua que me acabáis de poner, porque cuanto más larga sea, más tiempo dispondré para escaparme. Y que sepáis que disfruté un montón cargándome a esas crías de 8 años, porque ya eran unas zorras manifiestas, así que tuvieron su merecido y me hicieron pasar un buen rato. Y cuando salga, mucho antes de lo que imagináis..., no tardaré nada en haceros saber que he vuelto a disfrutar y, a lo mejor, hasta os hago una visita a vuestras casas, miembros del Jurado de mierda, por meteros donde nadie os llama. ¿Eran vuestras hijas, acaso, mamones...? ¿Es vuestro oficio, esto de juzgarme a mí, paletos...?, que sois unos paletos. Pero vuestras caras y vuestros nombres, ahí estarán cuando me fugue. Que os den", y terminó su discurso con esas intenciones. El juez, concluyo:

"Se da el juicio por cerrado. Llévense al condenado y despejen la sala a

la mayor brevedad".

Los policías que custodiaban a Frank, le esposaron con las manos a la espalda, sacándole de la sala sin contemplaciones. El abogado quiso hacer una objeción poco convincente sobre ese trato, pero ya el reo había desaparecido por la puerta por la que le habían entrado, destinada únicamente para los acusados y los que le vigilaban.

Por el pasillo que conducía al calabozo, donde esperaba a que se terminaran los trámites del traslado, uno de los policías, miró hacia los lados, comprobando que nadie más que los dos policías y Frank caminaban por él y, con la punta de su porra, le dio un golpe seco y fuerte entre sus costillas. Frank, se plegó sobre sus piernas del dolor y el otro compañero le reprochó:

"¿Pero qué haces, Antonio..., que sólo faltaría que este cabrón nos metiera en un lío a ti y a mí, por maltrato".

"¿Que qué hago...?", dijo el policía tirando de las esposas para levantarle del suelo. "¿Pero has visto lo que este hijoputa les hizo a la niñas aquéllas, que mi Mariluz es de su misma edad, y no lo puedo ni pensar el que pasara mi niña por algo así?. ¡Cabrón, levanta del suelo!", y volvió a darle un golpe similar al anterior, pero algo más flojo.

"¡Para, hostias, Antonio..., que nos la va a armar como se ponga a gritar! Venga, metámoslo a la celda, y vamos a terminar con esto. Pero cálmate, que tenemos un largo viaje por delante en su compañía. Y le tenemos que entregar tal y como ha salido de la sala: impecable, aunque no se lo merezca. ¿Vale...? Muchos tenemos a hijos de esa edad, pero somos los buenos, no cómo éste. Y me gusta mi trabajo, Antonio, y no quiero quedarme en la puta calle porque perdamos el control. Y además..., llevaremos a este hijoputa a Texeiro y se morirá allí de viejo, pero aparecerán otros como él, antes o después. Es así. Y nuestro trabajo no es que desaparezcan de la Humanidad, sino ir deteniéndoles a medida que vayan cometiendo sus crímenes o lo hayan intentado. Antes de esto..., no sería ni posible, ni legal. Así que... cálmate, macho..., cálmate", le insistió al compañero. Éste, con la cabeza baja, asintió y miro a Frank que seguía dolorido pero aguantaba aquello sin rechistar.

"Está bien..., está bien..., me calmo. Ya me calmo, tienes razón", le contestó. Respiró hondo y se dirigió a Francisco que estaba sentado en la cama del calabozo.

"Perdona, pero es porque sólo te odio, no es por nada más. Lo que ocurre..., es que te odio tanto después de conocer con detalle todo lo que has hecho y lo que dices que volverás a hacer si consigues fugarte, que me encantaría que intentaras escaparte del furgón, para vaciar en esa cabeza de sádico que tienes, todo el cargador de mi subfusil. Y, yo, te

creo: volverás a hacer lo que hiciste, a la menor oportunidad que te demos. Espero que ningún atontado de juez, te dé un permiso por buen comportamiento en la prisión, porque no deseas redimirte para nada, con lo bien que te lo pasas. Y también me temo que te fugarás. Tarde o temprano, lo conseguirás: ése es mi miedo". Acabó, y los policías salieron del calabozo, a seguir con los trámites. Francisco, sonrió tras las palabras que acababa de escuchar, porque tenía mucha habilidad para portarse bien. Y también la astucia y la calma, para fugarse en el momento oportuno. Todas las cárceles tenían puntos débiles: en sus instalaciones..., o en las personas que trabajaban en ellas. Y tiempo para estudiar esos puntos débiles..., no le faltaría. No había prisa.

Y allí estaba ahora, encerrado en ese calabozo, como si fuera sólo un entre paréntesis de su vida del que estaba seguro que saldría, más temprano que tarde. Pero, bueno..., esta vez le habían pillado y, joder..., mala suerte. Las veces anteriores nunca había pasado nada, pero sí que sabía que algún día pasaría. No se puede estar siempre en el filo de la navaja, sin cortarse, pensó.

También imaginaba la cara de estupor que pondrían sus compañeros de oficina, en la gestoría donde era el jefe de la sección de Asesoría Fiscal, con cinco empleados a su cargo cuando se enteraron, hacía ya ocho meses, de su detención como el sospechoso de la terrible muerte de las tres niñas. Era una empresa grande e importante en donde él asesoraba sobre temas fiscales complejos, y le gustaba.

Se relacionaba muy bien con sus subordinados, sus iguales y con su jefe. Era simpático y le gustaba contar chistes. Un tipo que caía bien, al que no le gustaban las mujeres, aunque él sí les gustaba a ellas. Y no, no es que fuera maricón, no, aunque seguro que mucha gente lo pensaría al despreciar las insinuaciones continuadas de las chicas que estaban o pasaron por su trabajo, porque era guapo e inteligente. Tenía que ser por eso por lo que despertaba entre las mujeres tanto interés, pensaba en estos momentos. Lo que pasa es que la vida, en cuanto a sus gustos, le encaminó hacia lo reservado para minorías, como él solía decir.

Así que convivía desde hace mucho, con una doble vida: el profesional sobresaliente y admirado de día, con el sádico cazador de niñas pequeñas, de noche. No siempre era real ese segundo papel, ya que en su mayor parte sólo lo imaginaba cuando las veía jugando en algún parque, ajenas a sus ensoñaciones con ellas. Pero por dos veces lo consiguió, sin que nadie le relacionara con aquéllos crímenes. Y ahora, porque se le cayó el carnet del gimnasio en el escenario de los hechos, le habían pillado.

"Dicen que en las cárceles, los tipos como yo, no son bien comprendidos por el resto de reclusos. Qué cojones sabrán ellos de mis gustos refinados si ellos sólo son un montón de patanes", estaba pensando cuando oyó que la puerta de la celda se abría de nuevo, y entraban los dos policías con

una carpeta de documentos.

"Hala..., payaso..., que nos vamos, ya. Esperemos que estés contento con el viaje y su destino. Vas a pasar una laaarga temporada allí. Espero", le dijo el policía para que se levantara.

"Antonio..., no empieces, ¿eh?; tengamos un viajecito tranquilo que ya verás como Frank se va a portar bien. Así que, toma aire, y olvídate de quién es este tipo. Sólo es un cabrón más. Bueno..., bastante más cabrón que los otros que hemos trasladado pero, con un poco de suerte, igual en las duchas le enseñan modales sus compañeros", y se echó a reír al imaginarlo como algo muy posible. Frank, se levantó, y sólo se limitó a mirarlos despectivamente, con una sonrisa como de no creerse eso de "laaarga temporada". Lo de "la ducha"..., ya le hizo menos gracia.

Francisco, se levantó frente a ellos, colocó sus manos juntas por delante, como le pidieron, y fue esposado mientras aparentaba una docilidad de gorrión. Comenzaba para él, toda la fase de portarse bien con la que ganar puntos e ir debilitando a los que se había enfrentado, a la sociedad entera y la justicia humana, y acabar seduciéndoles. Se sentía superior y, en muchos aspectos, lo era. Pero habría que esperar un poco.

Papeleo, recogida de pertenencias, despedida de su abogado..., y los pasos previos hasta la entrada en el furgón policial que le llevaría al destino. Una vez dentro, fue encerrado en el compartimento enrejillado que le permitía ver y hablar con sus vigilantes, y a éstos, con él. De todos es sabido que, indefectiblemente, la relación conduce al cariño. Aunque en el caso de Frank, él sólo sabía recibirlo pero sin que le hiciera mella por eso. Era un artista en lo de fingir empatía hacia los demás, porque llevaba los 32 años de su vida entrenándose para ello. Y en todo ese tiempo, sólo había aprendido a obtener.

Acomodados en el interior del furgón, repasando con la rutina establecida en cada traslado largo que todo el protocolo se cumplía, Antonio, el policía que no acababa de entender los privilegios aplicados a personajes como Frank, le dijo al conductor:

"Arranca, nos vamos: todo en orden".

"Vamos pallá", dijo castizo el chofer. Por delante tenían muchas horas de conducción, con paradas intermedias en algún cuartel de la Guardia Civil para cumplir con las obligaciones fisiológicas, comer, o descansar del viaje.

Con el furgón en marcha, ordenaron al reo que sacara las manos esposadas por una estrecha rejilla, y se las quitaron. Se restregó las muñecas doloridas por la inmovilización, miró al policía y le dio

amablemente las gracias por ello.

El silencio inicial de las tres personas, se fue relajando a medida que pasaba el tiempo y, poco a poco, los dos policías comenzaron a intercambiar comentarios intrascendentes. Frank, escuchaba en silencio.

"¿Cuánto tiempo durará el viaje...?", les preguntó al final, con amabilidad y sumisión. "Bueno..., si me lo pueden decir, claro...", terminó. Hablando así, nadie habría imaginado su otro rostro de monstruo.

Alfonso, el otro policía que parecía como más templado, le dijo que sobre algo más de ocho horas, sin contar las paradas de descanso. Y Frank, le dio las gracias. Antonio, le miró desconfiado porque quería mantener la distancia con quien no veía más que a un asesino y a un sádico, no reconociéndole ningún valor humano más. Y su mirada hacia aquella persona (que él sólo le veía..., "persona"), y en cómo lo hacía fijamente a sus ojos, era para transmitirle todo el odio que hacia Frank sentía, así como la desconfianza que le producía porque su pose humilde dentro del recinto en el que estaba confinado sabía que era falsa, y que sólo trataba de ganarse la confianza de aquellos dos guardianes.

En él, inteligencia y maldad iban unidas para alcanzar sus fines: en estos momentos..., escaparse a la menor oportunidad que le dieran. Y una vez libre y con una condena a cadena perpetua (o casi) en su deber, tendría ya muy poco que perder si le volvían a coger, así que aprovecharía el tiempo de libertad que pudiera robarle a la Justicia, para volver a hacer con otras niñas aquello que más placer le daba. Era su ventaja de tener a tope las penas que se le fueran sumando, sin que cambiara el resultado final.

"Frank..., Paquito..., estaba pensando... ¿qué le harías a un tipo así como tú, si le hubiera hecho a alguna de tus hijas, si las tuvieras, claro, lo que tú les hiciste a aquellas tres niñas... eh?", le dijo Antonio mientras bebía agua de una pequeña botella de plástico. La tapó y comenzó a pasársela de mano, como jugando distraído mientras esperaba ver qué le contestaba el detenido. Dudó éste un poco antes de responder pero al final se decidió.

"Nunca pienso en algo así ni antes, ni durante, ni después de hacerlo. Sé que estoy haciendo algo que está prohibido pero, para mí, es como si mañana sacaran una ley que prohibiera aplastar moscas. Pues la gente, cuando alguna de ellas les molestara, la matarían y se quedarían tan tranquilos. Como tampoco he tenido hijas, ni ganas de tenerlas, tampoco sé lo que por ellas se siente. Son unas putitas que si las dejas crecer..., se harán putas. Y yo..., odio a las mujeres. No las soporto. ¿Qué saca Vd. cuando se folla a su mujer, sí siempre es lo mismo? Lo más probable es que mientras Vd., Antonio, cumple con esta gilipollez de llevarme a mí

hasta La Coruña, su mujer se estará tirando a alguno de sus amantes y, encima, descojonándose los dos del capullo de su marido, Vd., metido en este furgón con dos maromos más".

"¡iCabron...!!", dijo el policía. Y en un acto brusco y rabioso, golpeó con su porra la rejilla donde se agarraba con sus dedos que medio asomaban, Francisco. Sólo la rápida reacción de éste en meterlos para adentro, evitó que se quedaran machacados en la furiosa reacción del policía.

"Pero... ¡qué haces, Antonio, déjale...!, ¿no ves que te está provocando? Y la culpa es tuya, por querer tocarle los huevos. Vale, es un cabrón asesino, pero ya está, ya lo han juzgado y condenado, da igual lo que opine: él está dentro de la jaula y, nosotros, fuera. Llegaremos, se lo entregaremos a los de Teixeira y lo que ellos hagan después, ya no es cosa nuestra. No tan retorcidos como éste..., pero nos tocarán más cabrones que transportar, así que..., tío..., tranquilízate, y deja las llaves en paz, que no vas a entrar en la jaula", le dijo mientras Antonio parecía buscar, sin atender a razones, la llave de la puerta y entrar para completar a la justicia timorata derivada de una legislación hecha por maricas, como Antonio la llamaba. Si de él dependiera, a los Franciscos como éste, no les dejaría una segunda ocasión para matar a más niñas.

Antonio, ya contenido, se zafó de la mano de su compañero que le sujetaba el brazo, dando un tirón y echando una mirada de odio hacia el detenido. Éste, seguro de la protección legal contra esas reacciones tan instintivas..., se reía a gusto.

"¿Qué pasa ahí adentro...? ¿Paro...?", preguntó el chofer al oír los gritos de los policías. Llevaba muchos años conduciendo en ese tipo de traslados y ya sabía que pasaban estas cosas y que sólo alguna, requería parar porque ocurriera algo grave. Aunque estaba separado con una mampara metálica, con protección para disparos de arma corta hechos desde el interior del recinto donde detenidos y guardias iban, no se fiaba de que una bala disparada no la fuera a atravesar en caso de un motín. Cuando los policías le dijeron por el intercomunicador que no hacía falta, el conductor giró la llave para volver a bloquear el botón rojo grande sobre el salpicadero, y que daba la alarma y la ubicación del furgón a una centralita, al pulsarlo. Hasta ahora, nunca la había tenido que usar, aunque tampoco hacía tanto tiempo que habían sido instalados en los furgones éstos.

"Y Vd., Antonio..., ¿qué siente cuando le pega a alguien que no le ha hecho nada, sólo porque le cuentan que es un delincuente que se resiste a que le encierren, pero que a Vd. ni le va, ni le viene?. Vd. le pega sólo..., porque le pagan por eso. Yo, al menos, disfruto de lo que hago, así que lo mío es... ¿cómo decirlo...?: más razonable", le dijo Francisco, esbozando una sonrisa de los que ya no tienen mucho que perder, digan lo que

digan.

Antonio le miró con desprecio y no le contestó. Luego, volvió la mirada hacia Alfonso que esperaba atento a ver cómo reaccionaba su compañero ante las provocaciones del prisionero. Al final, con calma, Antonio le respondió a éste:

"¿Sabes, Frank, lo que les pasa a los asesinos de niñas en las cárceles...? Tranquilo...: los guardias no te harán nada, se comportan, tienen sus responsabilidades y unas normas que cumplir... Pero los que están en las celdas, pobres, se aburren de la rutina diaria y, a veces, les llega una novedad con la que entretenerse. Tú, por ejemplo".

A Francisco, se le borró su sonrisa de malvado y se puso tenso. Ahora, Antonio, se dirigió a su compañero.

"Anda, Alfonso..., cuéntale a nuestro amigo qué le pasó en la cárcel de Teixeiro a donde vamos, hace tres años... ¿o fue hace cuatro, ya...?, a aquél que violó y mató a un niño de cuatro años, ¿te acuerdas..., no? Sí, hombre, fue un caso muy sonado, pero que como estaba bajo los efectos de la cocaína, pobre, un enfermo, pues al eunuco del Sr. Juez, un buenista, sólo le castigó con 10 años de cárcel. ¡Diez años, a cambio de la vida de un niño!. Suficientes, para que le diera tiempo de recapacitar y rehabilitarse, que dijo el Sr. Juez en la sentencia. ¿Te acuerdas?"

Alfonso seguía sin decir palabra, aunque sí seguía el juego de su compañero para que Francisco empezara a tomarse en serio, las consecuencias de lo que había hecho. De modo que miró primero a Antonio, luego al preso y, medio indiferente, sólo movió la cabeza para afirmar que sí, que lo recordaba.

Como ninguno de los dos policías siguió con el tema aparentando indiferencia, al final fue Frank quien, inquieto, les preguntó:

"¿Y qué le pasó...?, que me han dejado la conversación a mitad. Ya que la ha empezado, termine de contármelo. Seguro que no es verdad... ¿a que no?"

"Sí..., sí que fue verdad, sí, lo que pasa es que los periódicos no recogieron los hechos porque pareció que había sido un accidente en los talleres de la prisión, según parecía. Menudo "accidente". Seguro que cuando salga de la cárcel, ya tan rehabilitado como quería el Sr. Juez, no vuelve a cometer más crímenes. Se le estuvo bien a aquél hijoputa", y los dos policías se echaron a reír sin más aclaraciones, viendo la cara descompuesta de Francisco.

"Pero, bueno..., ¿me van a contar lo que pasó, o no?", preguntó

dubitativo a sus vigilantes.

Éstos, se miraron el uno al otro con calma, sabiendo que habían conseguido hacer sentir algo de miedo, aunque muy lejano todavía del que a él tanto gustaba hacer a las niñas. Miedo, imaginando los castigos que se salen de la norma legal y en donde el que se los diera, disfrutaría tanto cómo él había disfrutado antes.

Antonio, le miró y vio que había perdido el color de su cara, y se echó a reír. Ahora, entre risas, le dijo a su compañero:

"Anda, Alfonso, cuéntaselo tú, que a mí me da la risa". Y Alfonso, también con la sonrisa en la cara, le comenzó a contar la historia del caso aquél.

"Pues que ese señor al que mi amigo Antonio se refiere, también, coincidencias de la vida, le internaron en Teixeiro, a donde nosotros estamos yendo, que no es un centro penitenciario muy moderno que digamos y las duchas son, colectivas, como en las películas americanas sobre cárceles. Seguro que habrás visto alguna de éstas", y paró de hablar para ver qué le decía Frank, a quien había dirigido la pregunta última.

"Sí, sí que he visto, todo el mundo las ha visto: que si les tiran la pastilla de jabón al suelo y esas chorradas de los americanos. Bueno... ¿y qué más pasó?", volvió a insistir, apremiándole para que continuara.

"Oye, Antonio..., ¿cómo se llamaba el tío aquél, lo recuerdas? Me suena que le apodaban "Canalón", pero no recuerdo el nombre", preguntó Alfonso. Se notaba que no tenían ninguna prisa por acabar de contar la historia. Y al oír lo del apodo, Antonio se echó a reír con ganas.

"Sí..., sí... "Canalón"..., "Canalón"..., espera, espera... que no puedo hablar, que me parto con la guasa que se gastan los presos, a veces. Es que el mote con el que llegó a Teixeiro fue "El Canales", porque trabajaba en una empresa constructora que hacía acequias. Lo de "Canalón"..., fue después, después del incidente en la prisión..., por cómo se le quedó... eso, el canalón". Y siguió riéndose a carcajadas que no podía contener. Los dos reían y, Francisco, esperaba acongojado sin saber si le hablaban en serio o no.

"Pero bueno... ¿qué le pasó al "Canalón", o al "Canales" ése, si puede saberse?", insistía Frank frente a las risas de los dos policías, que no paraban.

"De... "Canales"..., a "Canalón", ¿no te lo imaginas..., Franky?", le preguntó Antonio cuando ya pudo hablar. El preso, con los ojos muy

abiertos, movió la cabeza negando.

"Pues que en la prisión..., no caía muy bien un asesino como "El Canales". Nada personal, si tú quieres, pero..., son como normas que tienen ellos, los presos. Si has matado a uno para robarle, o porque le mentó a su madre, por ejemplo, pues esos crímenes son "de ley", que les dicen y, bueno, no pasa nada. A cualquiera le puede ocurrir por necesidad, o arrebató. Somos humanos, podría decirse. Pero violar a un niño pequeño y matarlo después..., pues no". Ahí paró de hablar Antonio y con parsimonia, abrió la botella del agua, y bebió un poco de ella.

"¿Quieres un traguito, Alfonso?", le ofreció a su compañero. Éste, sin decir nada, pero sin dejar de observar al preso, negó con la cabeza.

"¿Y...?", le insistió Frank a Antonio.

"¿Y...? Pues que un día que estaba "El Canales" en las duchas, al parecer él solo, mientras le tocaba limpiarlas con la fregona..., comenzó a pedir auxilio, y a gritar que no le hicieran eso, que tuvieran piedad..., y bueno, pues chillando de dolor por algo y, naturalmente, nadie oyó nada de todo eso, ni nadie vio nada. Allí, cada uno va a lo suyo, ni tampoco nadie se mete en lo que no le importa. Y menos, por el tipo aquél. Así que hasta que un guardia fue a ver porqué "El Canales" tardaba tanto en terminar la limpieza..., no fue que le encontró en el suelo de las duchas, desnudo, en medio de un enorme charco de sangre y moribundo, que apenas respiraba. Pero tuvo suerte, el muy cabrón: le llevaron a toda prisa a la enfermería y, de ahí, viendo la gravedad de lo que alguien le había hecho, le trasladaron en helicóptero al Hospital Universitario de La Coruña y se salvó, se salvó. Hierba mala..., supongo.

Desde entonces, pues que camina raro por los pasillos de la prisión. Ahora, vive aislado de sus compañeros, porque no se fían de que no vuelva a tener algún otro incidente parecido. Ya sólo le quedarán 6 años de estar allí, si es que no le cambian de Centro.

Seguro que cuando cumpla la condena ya saldrá total...mente rehabilitado. Esas cosas, les ayudan a reflexionar", terminó Antonio y volvieron a reír con ganas. No por lo ocurrido con "El Canales", sino por la cara de asustada impaciencia de Frank por terminar de conocer la historia que seguía incompleta, todavía.

"P... pero... ¿qué le hicieron, si puede saberse?", dijo Frank mirando a uno y a otro de los policías. Esta vez, siguió Alfonso con la historia.

"Pues no se supo quienes habían sido, ni "El Canales" pudo señalar a nadie, ya que le atacaron por la espalda. Sí que eran varios, aunque tampoco pudo precisar cuántos eran. Así que medio le amordazaron para que no pudiera gritar mucho, le desnudaron, le molieron a palos que le

produjeron varias fracturas y para rematar la faena..., le metieron el mocho de la fregona, por el culo. Bueno, por el ano, quiero decir. Ojo por ojo..., violación por violación, le vinieron a decir.

Le han hecho varias operaciones para reconstruirle los músculos desgarrados por el mocho al metérselo..., pero ya no le ha quedado igual. Eso..., no estuvo bien. A fin de cuentas, es un ser humano. ¿Tú lo ves bien, Antonio?", le preguntó con sorna al compañero.

"No, eso..., no se le hace a un ser humano. Y si por matar sólo a un niño, le pasaron de "Canales", a... "Canalón", pues... ¿qué se les puede ocurrir a hacerle a uno que haya matado a... tres niñas, por ejemplo? Igual, en estos casi cuatro años que han transcurrido desde entonces, las cosas han cambiado y se han civilizado. Los que se lo hicieron, me refiero. ¿No te parece, Franky?"

"¡Eso es mentira..., eso lo decís para asustarme, seguro, cabrones!! Yo nunca oigo en los telediarios que pasen esas cosas, y las dirían si pasaran, ¡gilipollas!", les gritó asustado.

"Bueno, también pasa pocas veces que alguien viole y mate a niños, ¿no? Así que, las venganzas en prisión, si ocurren, son pocas veces también", le aclaró Alfonso.

"¿Va todo bien...?", pregunta el conductor, imaginando que sí aunque oía al preso algo alterado.

"Tranquilo, sí. Nada, aquí..., Paquito, que se asusta por nada. ¿Cuánto falta para la primera parada. Porque habrá que parar a mear, no?", pregunta Alfonso.

"Sí, nosotros, a mear. Pero a Frank, parece que se le ha movido el cuerpo y se ha hecho todo encima y creo que tendremos que cambiarle el pañal. Y sólo porque le estamos contando cosas de la cárcel de Teixeiro, para hacerle más ameno el viaje, fíjate", siguió hablándole ahora Alfonso, al conductor, mientras de reojo miraba la cara descompuesta del preso.

"Qué cabrones. Ya le habréis contado lo de "Canalón", como si lo viera. Pero hombre..., decidle que esas cosas ocurren sólo de ciento a viento y que un grano, no hace granero. Pero si son tan buenos chicos los de Teixeiro...; bueno, salvo los tres o cuatro que están más asilvestrados. Y aguantad, que en algo menos de una hora, paramos en el cuartel de la Guardia Civil de Mérida.

Que se anime Francisco y, decidle..., que va a estar un tiempo en un módulo de aislamiento hasta que se vea que ya puede hacer amigos entre los colegas. Y hombre, aunque los dos o tres primeros años le puteen un poco, luego, tendrá ya 28 o 30 años más, en que le dejarán en paz. Corto

y cierro. Ah..., si huele mal, os pongo más fuerte la ventilación forzada", y tres decir esto último, David, el conductor, se echó a reír. Y todos reían, menos Frank, que quedó callado sentado en su asiento plegable, como meditando.

El furgón avanzaba por la autovía mientras Antonio y Alfonso, charlaban a ratos, o iban callados mirando sus móviles, o alguna revista, pareciendo que se habían olvidado del preso que seguía hundido en su mutismo.

"¿Me pueden dar un poco de agua...? Es que me parece que me estoy mareando", les dijo Frank con la voz casi sin fuerzas.

Antonio, se levantó de su asiento y a través de un cajetín basculante en la rejilla, le dejó una de las botellas de agua que llevaban. El policía, ni le miró a la cara mientras lo hacía, pendiente más del móvil, que de lo que le pasara a Frank. Y se volvió a sentar junto a Alfonso, que seguía leyendo sin inmutarse.

En ello estaban los dos policías, cuando oyeron un ruido fuerte frente a ellos y, levantando la cabeza, vieron el cuerpo de Frank tendido en el suelo de su recinto vallado, inmóvil, y como inconsciente.

"¿Qué le pasa a éste?", dijo Antonio incorporándose rápidamente. "Dile a David que intente parar en el arcén, mientras entro a ver qué le ha pasado. Estate atento por si acaso", terminó de decirle a su compañero. Éste, a su vez, mientras Antonio abría la puerta donde Frank estaba, le dijo al conductor lo que ocurría y que intentara detenerse.

El policía, entrando, se agachó para tratar de incorporar al preso, esperando que nada inevitable le hubiera ocurrido y, veloz, sólo le pasó por su cabeza todo el papeleo y justificaciones al que ellos se tendrían que enfrentar si se le había ocurrido morir allí mismo, porque la vida de ese cabrón, le importaba bien poco.

De pronto, mientras le agitaba un poco para ver si volvía en sí, Frank, abrió los ojos..., y sonrió. Todo seguido, oyó Antonio el click muy reconocible de su revólver cuando se le montaba el percutor. Se quedó paralizado al sentir el frío del cañón de su arma bajo la mandíbula. Frank, seguía sonriendo, mientras todos notaban que el furgón, se detenía.

Alfonso, sólo veía que su compañero estaba medio sobre el cuerpo del preso, pero sin percatarse de la situación tan delicada en la que encontraba, amenazado con su propio revólver.

"¿Qué pasa, Antonio?", le preguntó extrañado de su silencio e inmovilidad sobre el cuerpo de Frank.

"¿No vas a decirle a tu compañero lo que te pa..., va a pasar...?", preguntó Frank esbozando una cara de malvado victorioso.

En un instante, la cabeza de Antonio, policía nacional, 36 años, casado y con dos hijas, explotó dentro de la furgoneta y todo se llenó de sangre al apretar, Frank, el gatillo. Cuando Alfonso, en medio del estupor repentino, ya quiso darse cuenta de lo que acababa de suceder e intentaba reaccionar, el preso apretó un par de veces más el gatillo del revólver, protegido como estaba por el cuerpo ya incompleto de Antonio, y dos balas, se incrustaron en el pecho de Alfonso, matándole en el acto.

Frank, apartó el cuerpo de encima suyo, y acercó el cañón a la mampara metálica que les separaba del conductor, calculando dónde podría estar sentado aún, y vació las tres balas que le quedaban. Una de ellas sí atravesó la mampara dando en el cuello de David, quien quedó colgando con su cuerpo gravemente herido, sujeto en su asiento gracias al cinturón de seguridad. Dentro del furgón, con dos cadáveres y otro, camino de serlo, se hizo el silencio. Frank, se quedó quieto intentando escuchar qué podría estar pasando fuera pero, fuera, sólo estaban los coches que pasaban veloces ajenos al furgón policial aquél, cuyas luces del techo y las de posición, parpadeaban para avisar de su presencia a los demás vehículos. Tampoco en la cabina del vehículo se oía ruido alguno.

"¿Ahora qué..., paletos..., a quién le han metido el mocho por el culo? Joder..., que llevabais a Frank, al puto Frank, no a los pringadillos esos que no saben ni para qué la tienen, hostias. Jodeos..., jodeos. ¿Qué cojones de cadena perpetua, eh...?", les iba hablando a los dos cadáveres, orgulloso de su hazaña.

"Vale, calma; calma... y cabeza fría, que aún no estás para brindis", pensó, porque aquello no era más que el inicio y, lo demás, también tenía que salirle bien. Así que comenzó a repasar qué y cómo tenía que salir de aquella situación sin llamar la atención. Lo primero que hizo fue coger la bolsa de sus pertenencias y buscar una camisa, para cambiarla por aquella que llevaba manchada de sangre. Se miró también pantalones y zapatillas, pero estaban bien. Y con un poco de agua de una de las botellas, se lavó la cara y las manos. Ya estaba presentable para pasar inadvertido. Ahora, debía darse prisa en huir de allí porque, probablemente, habría un seguimiento del vehículo policial desde alguna central de seguridad y les extrañaría su inmovilidad, sin haber recibido del conductor, ningún aviso de anomalía para ello. Así lo imaginaba Frank.

De paso, se llevó el dinero de las carteras que llevaban los dos policías encima, con el que poder pagar alguna compra o consumición en algún bar, hasta que trazara un plan de fuga de España, porque de no ser así, su captura sería inevitable. No le preocupaban, claro, las penas adicionales que le pudieran caer por los crímenes que acababa de cometer, sino el volver a la cárcel. Sobre todo, después de oír la historia,

cierta o no, de "Canalón".

Abrió despacio la puerta del furgón para no llamar la atención de los automovilistas, que sólo moderaban un poco la velocidad al ver las luces de un vehículo policial. Bajó de él y contempló el entorno en el que se encontraba. No lejos, había una estación de servicio, lo que indicaría que una población cercana, también debería de existir. La tentación de robar algún coche de los aparcados allí de algún confiado conductor, la desechó porque suele haber cámaras de seguridad en esos sitios.

Vio una carretera secundaria que acababa en la gasolinera y decidió tomarla porque imaginaba que sí, que llevaría hasta un pueblo próximo. Con un poco de suerte, sería una población grande y si contaba también con la bondad de un coche que fuera en esa dirección y le recogiera..., miel sobre hojuelas.

Así que, campo a través y por acortar, se dirigió hacia la carretera aquella que le debería llevar a alguna población en la que camuflarse y pasar desapercibido.

Caminaba rápido, controlando los coches que iban en su misma dirección a los que sacaba el dedo pulgar para indicarles que hacía auto-stop, aunque ninguno se paraba a recogerle. Pero no dejaba de intentarlo.

Siguió caminando a y ya, a lo lejos, se comenzó a ver lo que podría ser una población importante por la altura de los bloques de pisos que se vislumbraban desde donde él seguía avanzando hacia ella.

"¿Va Vd. para allá?". Esta pregunta, realizada por un señor mayor que conducía una furgoneta que había parado a su altura, le sacó de sus pensamientos.

"Ah..., sí, sí, voy para allá. Si fuera Vd. tan amable de llevarme...", le contestó Frank. "Pobre hombre...", pensó éste mirando con conmiseración a quien iba a cometer el error de su vida al indicarle con un gesto, que sí, que podía subir. Una vez dentro, el hombre le preguntó:

"Pero..., ¿y cómo va Vd. andando hasta allí?", extrañado porque no daba la imagen de un vagabundo.

"Es que iba en coche y se me ha estropeado. Y tampoco llevaba el móvil encima para llamar a una grúa, así que me he puesto a caminar esperando que alguien como Vd., me recogiera", le contestó hablándole con el lado amable de su cara.

El hombre, siguió la con la típica conversación de que los coches de ahora no son como los de antes, que si te dejan tirado por menos de

nada..., y temas así. Pero que tal y como estaban las cosas, pues que era arriesgado eso de recoger gente en la carretera porque no se sabe con quién te podrías encontrar y que, a la postre, pagaban justos por pecadores.

"No lo sabe Vd. bien: hoy, hay que desconfiar de todos, según está el mundo. Qué me va a decir a mí. Aunque yo también soy muy amigo de hacer favores si veo a un necesitado. Ah..., por cierto..., le voy a pedir un favor: ¿ve esa casa que está ahí, a la derecha, abandonada y medio derruida? Pues quería pedirle que me dejara allí un momento, que me estoy meando desde hace rato, y no puedo aguantar más, si es Vd. tan amable. Serán sólo unos instantes y, en nada, seguimos", le sugirió Frank manteniendo el tono de quien sufre al pedir favores.

"Nos hacemos mayores, aunque Vd. es joven todavía. Pero ya se dará cuenta, ya, cuando llegue a mi edad y note que la necesidad de orinar cada dos por tres, se convierte en algo urgente. Faltaría más, ahora le paro, que no hay prisa", le respondió el conductor.

El hombre, se salió de la calzada para llegar hasta lo que de casa quedaba, y Frank, se soltó el cinturón de seguridad. Se bajó de la furgoneta pero, en lugar de dirigirse hacia las ruinas buscando intimidad, fue por detrás del vehículo y abrió la puerta trasera izquierda y se sentó tras el hombre. Antes de que éste, extrañado, le fuera a preguntar que qué estaba haciendo, le pasó alrededor del cuello una cuerda que había encontrado en el asiento cuando le recogió el hombre y, con ambas manos tirando de ella, apoyando la rodilla sobre el asiento del conductor para apretar con todas sus fuerzas, el hombre aquél moría estrangulado a pesar de las patadas inútiles que dio para zafarse de aquella muerte inmerecida.

"Si es que no te respetan, Frank, te lo digo yo. Y, claro, luego..., les pasa lo que les pasa", pensó mientras iba relajando la fuerza de sus manos al sentir que aquella persona que quiso ser amable, ya no lo podría ser nunca más.

Apartó el cuerpo del asiento y se colocó él en su lugar, adentrando la furgoneta por entre lo que fueron paredes, a cubierto de la vista de otros coches que pudieran pasar. Arrastró el cadáver y, bajo un arbusto espinoso que había crecido a su aire, lo depositó allí cubriéndolo con lo que parecía una puerta que, hacía mucho tiempo, se había dislocado de sus goznes. Puso dos grandes piedras encima, descansó un poco del esfuerzo realizado para librarse del hombre y de su cuerpo, se subió a la furgoneta, y se fue.

Al cabo de unas tres horas de aquél enseñar modales al conductor que le había recogido haciendo auto-stop, se sentía feliz y relajado, sentado en un banco del parque éste en que estaba y que veía por vez primera.

Había comido en un restaurante modesto, lleno de trabajadores de empresas cercanas. En la televisión, como aún no era la hora del telediario, no dieron ninguna noticia relacionada con el triple crimen del furgón policial, ni de la desaparición del "señor mayor", como a él se refería, en sus pensamientos.

Y ahora, allí estaba, libre, y contemplando a los niños corretear por alrededor suyo. Sabía que tenía pocas posibilidades de conseguir huir a algún país extranjero de esos en que la ley, vive, y deja vivir. Su foto, seguro que ya habría salido en las televisiones, o estaría a punto de salir. Así que su captura, tarde o temprano, sería una realidad. De modo que tenía que aprovechar el tiempo mientras pudiera. Y la fortuna le había llevado hasta aquél tranquilo parque. Niños jugando, y madres o abuelos, hablando de sus cosas. Seguro que allí, nunca pasaba nada como para que esas personas tuvieran que estar vigilando a los niños que, si se iban, volvían enseguida junto a ellos.

Un balón ligero que chocó contra una de sus piernas, le sacó de sus pensamientos. Tras él, dos niñas que jugaban a pasárselo de la una a la otra, acudieron sonriendo a recogerlo. Cuando llegaron, Frank, lo tenía entre sus manos y las recibió con una sonrisa.

"¿Es vuestro?", les dijo.

"Sí, se le escapado a Carol. Carol es ésta, mi compañera", dijo una de las niñas señalando a la otra.

"Así que ella se llama Carol..., ¿y, tú?", le preguntó.

"Yo..., Alejandra. Y tenemos seis años. Y vamos a la misma clase", contestó la niña.

"Ah..., pues parecéis más mayores. Y sois muy guapas. ¿Os gustan las muñecas, ésas nuevas que contestan si se les habla, y lloran si están tristes?", les dijo. Alejandra miró a Carol y, ésta, movió la cabeza para decirle que sí a su compañera. Así que Alejandra, se volvió hacia Frank, y asintió por las dos.

"Es que yo vendo de esas muñecas, y tengo unas cuantas para regalar a las niñas que, como vosotras, son guapas. Las tengo en una furgoneta, aparcada cerca de aquí, y como llevan diferentes vestidos, igual teníais que venir a verlas para elegir la que más os guste. Pero sólo puedo regalar dos, así que no se lo tenéis que decir a nadie más, porque si no todas querrán que les dé una y os quedaríais sin nada. Y vosotras queréis una cada una, ¿no...?". Las niñas, le respondieron con un sí de sus cabezas.

Frank, miró a su alrededor y no vio a nadie que estuviera observando la escena que protagonizaba con aquellas dos niñas. Tampoco era algo raro que un señor se dirigiera a los niños para gastarles bromas. Así que se incorporó, les dio una mano a cada una, y se dirigieron hacia la furgoneta formando un trío feliz.

"Franky..., Franky..., la vida es maravillosa y breve. Como siempre te digo: vive cada instante, joder, que esto son cuatro días...", se recomendó así mismo presintiendo los buenos momentos de los que iba a disfrutar en breve.

F I N